

Marta Romer

Migración, integración y etnicidad: revisión de algunos enfoques

La problemática de la identidad étnica se ha vuelto un tema de gran actualidad debido a una serie de cambios políticos, económicos y sociales que presenciarnos a nivel mundial y que involucran de diferentes maneras a nacionalidades, minorías étnicas o simplemente a miembros de grupos étnicos. La caída del mundo socialista, los avances de la globalización, la modernización y la homologación cultural en el marco del neoliberalismo empobrecedor de las mayorías han contribuido al resurgimiento de manifestaciones étnicas de vitalidad no sospechada; los conflictos y guerras étnicas entre grupos que buscan la hegemonía en distintas regiones del mundo son otra consecuencia de estos cambios.

En consecuencia, millones de refugiados (17 en 1990, según un informe de la FNUAP) se añaden a la enorme masa de migrantes internacionales que sumaban en 1990 casi 80 millones de personas en cuatro continentes, según la misma fuente. La migración internacional se ha transformado en una cuestión política, y sus repercusiones en la estabilidad nacional y regional de los países receptores, la convierten en un problema de magnitud semejante al del medio ambiente, el crecimiento demográfico y los desequilibrios económicos entre regiones (*Excélsior*, 31 de julio de 1993).

Después de las grandes oleadas migratorias de finales del siglo pasado desde Europa a América, y posteriormente las que siguieron a las dos guerras mundiales, de la década de los cuarenta, con el crecimiento económico de los países capitalistas desarrollados y la

profundización del abismo entre éstos y los países pobres, se inicia en la década de los cuarenta, con el crecimiento económico de los países capitalistas desarrollados y la profundización del abismo entre éstos y los países pobres, el flujo moderno masivo de mano de obra movido tanto por factores de expulsión (pobreza) como de atracción (demanda de trabajadores por las economías en crecimiento).

La crisis económica que empieza a perfilarse a partir de la década de los setenta se refleja en la toma de medidas para frenar este proceso de inmigración, pero aún persiste el problema de la integración de la población inmigrada a las sociedades anfitrionas, el cual de no ser solucionado adecuadamente amenaza convertirse en una fuente de conflictos sociales mayores. Como ejemplo de esta situación pueden servir, además de los Estados Unidos, los países europeos con importante número de inmigrantes como Francia, Alemania y Suiza, donde aumenta la discriminación y violencia racial hacia los trabajadores inmigrados, particularmente aquellos provenientes de los países no europeos.

Debido a la crisis económica y al aumento del desempleo, la presencia de los inmigrantes y las medidas políticas adoptadas hacia ellos (que van desde la búsqueda de mayor integración hasta la expulsión) se han convertido en el punto central de todas las campañas políticas, sobre todo antes de las elecciones.

Por otra parte, siguen los desplazamientos de poblaciones en el interior de muchos países, particular-

mente los que se caracterizan por un desarrollo polarizado, donde amplios grupos de población, frecuentemente de origen étnico distinto, se ven obligados a buscar fuentes de sustento en los centros urbanos o regiones más desarrolladas, ya que no encuentran medios de subsistencia suficientes en sus comunidades.

La importancia del fenómeno migratorio a nivel mundial y de los subsecuentes procesos de contacto entre grupos portadores de culturas distintas que conllevan tipos de interacción muy variados, y con resultados que van desde la asimilación o integración satisfactoria hasta separación más o menos marcada y formación de ghettos, se ha reflejado en una gran cantidad de estudios provenientes principalmente del campo de la sociología, la antropología y la psicología social. La complejidad de la problemática y los ejemplos variados que nos ofrece la realidad, desde la persistencia de identidades culturales y formas de movilización inspiradas por ellas, hasta casos de abandono voluntario de una identidad que se convierte en un estorbo, se traducen en planteamientos teóricos con enfoques muy diversos acerca de la interacción étnica en situación migratoria.

Los investigadores en ciencias sociales norteamericanos fueron los primeros en preocuparse por los problemas ligados a la integración, interacción e identidad étnica, por ser la sociedad norteamericana un amalgama de individuos venidos de distintas partes del mundo, además de contar con sus propias poblaciones indias. Las primeras teorías creadas fueron influidas por la ideología del momento: los migrantes tenderían a "asimilarse" al mundo anglosajón preexistente, teoría que correspondía a la voluntad de forjar y unificar una conciencia americana sobre las bases del concepto de democracia tomado de la filosofía de las Luces, interpretada a la manera inglesa (De Vos, en Tap, 1979).

El fracaso de la asimilación dejó lugar a la teoría del "melting-pot" que consideraría a la sociedad americana como un "crisol" en el cual los rasgos culturales de origen, en lugar de desaparecer totalmente, se fusionarían con los de la sociedad receptora para crear una identidad común nueva. La realidad no ha confirmado esta hipótesis. En la década de los años sesenta la teoría del "melting-pot" es abandonada ya que "no permite explicar ni las conductas de defensa de las identidades, ni las conductas racistas. La sociedad americana sigue siendo un conglomerado de cul-



ESC. NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HIST.
BIBLIOTECA
PUBLICACIONES PERIODICAS

turas étnicas, cada una con un sabor específico: a todas luces es una sociedad pluriétnica" (*idem*, p. 28).

Desde entonces surgen nuevos enfoques sobre las múltiples formas que adopta el proceso de integración de los grupos inmigrados de diferentes orígenes a la sociedad norteamericana, y los cambios que se producen en su identidad original en el proceso de adaptación al nuevo medio. La trayectoria teórica y analítica norteamericana en este campo es digna de ser mencionada por la gran riqueza de aportaciones, muchas de las cuales siguen siendo referencias obligadas para los análisis de situaciones análogas en otros países.

En Francia, por ejemplo, donde viven varios millones de extranjeros inmigrados en los últimos 40 años (mano de obra requerida durante la época del fuerte crecimiento económico durante tres décadas que siguieron a la segunda guerra mundial, y sus familias), desde hace 20 años se ha planteado el problema de su integración a la sociedad francesa. Después de

constatar que la asimilación total es imposible, sobre todo en caso de algunos grupos de inmigrados portadores de culturas muy distintas a la europea (musulmanes, asiáticos, africanos), se optó oficialmente por una integración que permita y respete las diferencias culturales en una sociedad pluricultural y abierta.

Los sociólogos franceses (en particular el grupo de A. Touraine), así como los psicólogos sociales (Malewska-Peyre) han aportado planteamientos teóricos y análisis originales de la situación de la inmigración en Francia, aunque frecuentemente el ejemplo norteamericano sirve de referencia o comparación. Los antropólogos que trabajan sobre la problemática de la llamada "segunda generación" (los hijos de los inmigrantes y su integración a la sociedad anfitriona), son los que retoman más frecuentemente los planteamientos de sus colegas norteamericanos de la escuela de Chicago (el conocido modelo trigeneracional, por ejemplo), para analizar la identidad cultural de los jóvenes, generación bicultural, a veces con serios problemas identitarios.

En México, como en muchos otros países de Latinoamérica, desde la década de los cuarenta, millones de campesinos indígenas han dejado sus comunidades para buscar mejores condiciones de vida en los centros urbanos. La problemática específica creada por la migración ha merecido un gran número de estudios (desde el famoso trabajo de O. Lewis sobre los tepoztecos) donde se describen y analizan sus esfuerzos por integrarse a la sociedad urbana, así como los procesos de adaptación y ajuste al nuevo medio. Fueron los trabajos de L. Arizpe (1975 y 1978) los primeros en relacionar explícitamente la situación económica y la identidad étnica de los migrantes indígenas en el medio urbano. Desde hace ya una década, la problemática de la identidad étnica en situación migratoria está llamando cada vez más la atención de los científicos sociales, lo que refleja el interés general por analizar el tema de la identidad en las ciencias sociales (Touraine, 1984 y Giménez, 1992).

Si bien existen diferencias importantes entre la situación de migrantes indígenas que se desplazan al interior de sus respectivos países, pasando del ámbito rural o selvático al urbano, y la de migrantes extranjeros en una sociedad de la que los separa una distancia cultural a veces muy grande, la problemática de interacción e integración no deja de tener rasgos comunes, en la medida que en ambos casos se trata de



grupos sociales culturalmente distintos que se encuentran en una relación de desigualdad, donde el grupo minoritario tiene la necesidad de hacerse un espacio dentro del grupo mayoritario dominante. La conservación de su identidad cultural dependerá de su capacidad de respuesta, como individuos o como grupo, para resistir las presiones a las que los someta la sociedad dominante, desde las formas abiertas de discriminación y racismo hacia todo aquello que difiere de las normas establecidas, y las presiones hacia la asimilación hasta el rechazo y la exclusión destinada a aquellos que no logran o no desean parecerse a la mayoría.

La discusión teórica que se propone precisar los conceptos que permitan analizar y explicar los cambios producidos en las identidades étnicas en situación migratoria, gira alrededor de algunos conceptos básicos como el de grupo étnico (y/o minoría étnica), etnicidad, identidad étnica y contacto interétnico.

La conceptualización culturalista del grupo étnico, predominante en la antropología hasta finales de los

años sesenta, quedó prácticamente desplazada por la propuesta formulada por F. Barth en la introducción al libro *Grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de la diferencia cultural*, publicado en 1969. En este texto ya clásico, F. Barth define los grupos étnicos como categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos y tienen la característica de organizar la interacción entre los individuos.

El punto clave del planteamiento de Barth para el estudio del contacto interétnico, la permanencia o los cambios de la etnicidad es el de la frontera étnica, que de hecho define al grupo y no el contenido cultural que encierra. Las fronteras étnicas son conservadas por un conjunto de rasgos culturales y la persistencia de la unidad dependerá de la persistencia de estas diferencias culturales. A su vez, los cambios de las fronteras étnicas se darán en función de las situaciones históricas, económicas, sociales y políticas a las que se ve confrontado el grupo.

Una observación de Barth, particularmente pertinente en situaciones migratorias, apunta que en situaciones de contacto social entre miembros de diferentes culturas, los grupos étnicos persisten sólo si van acompañados de notorias diferencias en la conducta o diferencias culturales persistentes; sin embargo, cuando hay interacción entre ellos, sus diferencias pueden ir reduciéndose ya que la interacción genera una congruencia de códigos y valores que conducen a una similitud o comunidad de cultura (Barth, 1975, p. 17).

Otro aspecto fundamental señalado por Barth es el que se refiere a las condiciones en las que se da la interacción entre grupos culturalmente distintos. Dice este autor que para que un grupo étnico pueda conservarse como tal, no bastan criterios y señales de identificación, sino que se requiere también de una estructura de interacción que permita la persistencia de las diferencias culturales (*idem*, p. 18). Frecuentemente la interacción étnica ocurre en condiciones de desigualdad que quedará reflejada en la estructura de interacción. En el caso de una minoría y debido al rechazo de la comunidad receptora, la interacción no se funda en una complementariedad de las identidades étnicas, sino que se realiza dentro del marco de las instituciones del grupo mayoritario dominante, donde la identidad étnica no ofrece bases para la acción y puede representar incluso una desventaja para asumir los status operantes (*idem*, p. 39-40).

Estas últimas consideraciones de Barth se acercan a los planteamientos de Cardoso de Oliveira en relación a su concepto de "cultura de contacto", que se refiere a la forma en que se dan las relaciones interétnicas en un contexto social determinado. La cultura de contacto produce pre-conceptos y estereotipos que son consumidos por ambos grupos. Si el modelo de relaciones es de tipo discriminatorio, puede producir una identidad "negativa" entre los miembros del grupo étnico minoritario, mientras que en el caso de relaciones no discriminatorias se desarrolla una identidad "positiva", capaz de auxiliar al individuo o al grupo para enfrentar situaciones críticas (Cardoso, 1971, p. 941).

Para analizar el contacto entre grupos culturalmente distintos la antropología anglosajona acuñó el término "ethnicity", neologismo aceptado tanto en español (etnicidad) como en francés (ethnité). Una de las primeras definiciones de etnicidad, propuesta por Cohen, dice que "la etnicidad es esencialmente la forma de interacción entre grupos culturales que operan dentro de contextos sociales comunes" (Cohen, 1974, en Cardoso, 1992, p. 86).

Según F. Morin (1979), la etnicidad estudiada en el plano diacrónico y como un proceso de cambio, se vuelve un concepto dinámico más adecuado para el estudio de las interacciones sociales. Para los psicólogos sociales como De Vos, la etnicidad debe ser entendida como una respuesta a un cambio de situación social. De la interacción con la sociedad o grupo dominante resulta una toma de conciencia de pertenencia o "el sentimiento subjetivo de continuidad en la pertenencia". Esta "conciencia de pertenencia" resulta a su vez de una combinación de variables objetivas y subjetivas de la identidad étnica (De Vos, 1975, en F. Morin, *op. cit.*, p. 57).

F. Morin subraya que esta concepción "situacional" de la etnicidad es más operacional que otras de contenido básicamente cultural, ya que permite entender cómo las "fronteras" que un grupo dominante impone a otro grupo generan identidades parciales o negativas, y cómo el individuo perteneciente a un grupo dominado está obligado a negociar ciertos aspectos de su identidad personal con la gente de fuera. En los términos de un proceso, este tipo de análisis permite ver cómo la etnicidad se convierte en la afirmación y la reivindicación de la identidad (*idem*, *loc. cit.*).

Como podemos observar en la discusión anterior, todos los planteamientos conducen al concepto clave,

el de identidad étnica, su formación, desarrollo y cambios en el proceso de contacto interétnico. Ahora bien, el concepto de identidad fue utilizado inicialmente en el campo de psiquiatría y psicoanálisis (principalmente como "crisis de identidad") desde Freud y tiene un importante exponente en Erikson (1980), quien lo desarrolló de manera que permitiera su aplicación a grupos sociales específicos como los jóvenes o las minorías étnicas oprimidas. De hecho, fueron los psicólogos sociales anglosajones quienes



desde la década de los años sesenta estuvieron desarrollando las tesis centrales acerca de la identidad individual.

P. Berger y T. Luckman, destacados sociólogos de origen alemán, son los que hicieron contribuciones de primer orden respecto al tema de la identidad, y en particular, la definición de la identidad étnica que retoman algunos antropólogos, por ejemplo Cardoso de Oliveira. La identidad étnica, según los mencionados autores es "una forma ideológica de representaciones colectivas, un fenómeno que emerge de la dialéctica entre individuo y sociedad. La identidad es formada por procesos sociales y una vez cristalizada, es mantenida, modificada y remodelada por las relaciones sociales" Cardoso, *op. cit.*, p. 21). Siendo la identidad étnica un tipo de identidad social, el énfasis de su análisis recae en el plano colectivo, a diferencia de la identidad individual, objeto de investigación de los psicólogos; sin embargo, como lo subraya Cardoso debido a este carácter bidimensional de la identidad étnica, es conveniente incorporar las aportaciones de

los estudios psicológicos que resulten particularmente relevantes para la descripción de los procesos de identificación (*idem*, p. 22).

G. De Vos, antropólogo y psicólogo, explica la importancia de los mecanismos psicológicos que entran en juego en la elaboración de la identidad étnica. Los problemas de adaptación de los migrantes japoneses en los Estados Unidos, por ejemplo, no pueden explicarse únicamente en términos de las diferencias culturales, sino que hay que considerar la interacción que existe entre los factores sociales y culturales y las estructuras psicológicas. Así, es posible definir la identidad étnica como una continuidad dinámica de las tradiciones culturales, en un conjunto de condiciones sociales, económicas y políticas que entran en interacción con una dimensión psicológica representada por la familia, y más tarde por los grupos sociales de referencia (De Vos, *op. cit.*, p. 27-28).

El proceso de identificación de un grupo que participa en dos esferas de interacción (de su propio grupo y de la sociedad) con códigos culturales distintos y en condiciones de contacto interétnico asimétrico, no está libre de conflictos y problemas debido a las distintas formas de discriminación a la que está sometido por parte de la sociedad dominante. En estas condiciones los individuos elaboran diferentes mecanismos de defensa para enfrentar las contradicciones que ponen en peligro su identidad étnica y propia personalidad. Uno de estos mecanismos, según De Vos, consiste en la "permeabilidad selectiva" que es una forma de represión automática en el individuo de todo aquello que pueda significar una amenaza a su integridad e identidad; este tipo de represión juega una función esencial en la formación y el mantenimiento de la identidad étnica (*idem*, p. 28 *et seq.*).

Por su parte, Cardoso de Oliveira habla de la posibilidad de "manipulación" o fluctuación de la identidad étnica según el interés, si se presentan situaciones de ambigüedad en casos de inclusión de un grupo étnico dentro de otro ámbito mayor. Esta manipulación se dará conforme el grado de distancia y conflicto entre los grupos étnicos en contacto (Cardoso, *op. cit.*, p. 38). Estas últimas consideraciones de Cardoso coinciden con algunas constataciones de Bonfil acerca del problema identitario de los indígenas emigrados a los centros urbanos donde "la identidad subsiste enmascarada, clandestina (pero) se mantiene la pertenencia al grupo original" (Bonfil, 1987, p. 87).

IDENTIDAD Y MEXICANIDAD

La manipulación y la fluctuación de la identidad étnica no significan necesariamente una transición hacia una pérdida de ésta; en general se trata de una práctica dictada por las circunstancias. En situaciones conflictivas o discriminatorias pueden darse casos de lo que Vann Woodward ha denominado "una identidad que se ha entregado" (*surrendered identity*), término que retoma Erikson en su estudio acerca de la identidad de la población negra de los Estados Unidos. La pertinencia del concepto consiste en que no implica



ausencia total, sino algo latente que ha de ser recuperado y puede convertirse en un puente desde el pasado al futuro si cambian las circunstancias que lo determinaron (Erikson, *op. cit.*, p. 258-262).

Pero en algunas circunstancias, los individuos sometidos a presiones externas pueden optar por cambiar de afiliación étnica por intereses e incentivos diversos. Apunta Barth que la identidad personal sólo se conserva si puede expresarse en un determinado medio en forma moderadamente satisfactoria o con éxito moderado, de lo contrario, "los individuos renuncian a ésta en favor de otras identidades, o la alteran mediante una modificación de las normas para la atribución de identidad" (Barth, *op. cit.*, p. 174).

En la situación de contacto interétnico asimétrico es frecuente el abandono de la identidad étnica original que no tiene condiciones para perpetuarse. Pero como lo apunta Horowitz (1975, p. 123), el cambio de identidad forzosamente es paulatino debido a que la identidad étnica está formada a través de un proceso de aprendizaje y esto proporciona un freno a la rapidez con la que puede cambiar.

En su modelo de cambio cultural-étnico, Horowitz analiza la pérdida de la identidad étnica por medio de asimilación (por la vía de la incorporación) y la relación con el cambio cultural. En general, el cambio cultural puede seguir o acompañar el cambio de identidad más que precederlo, ya que la asimilación no requiere necesariamente de aculturación previa, como frecuentemente se había sugerido. La relación entre cambio cultural y cambio de identidad y sus secuencias pueden depender del tipo de asimilación. Así, en casos de incorporación de un grupo pequeño a otro mayor, debe darse la conformidad cultural y, en este caso, la aculturación es una precondition (*idem*, p. 124).

La realidad parece ser más compleja de lo que plantea Horowitz ya que la asimilación o la integración de un grupo pequeño a otro mayor implica no sólo la necesidad de una aculturación del primero, sino también una aceptación de éste por parte del segundo. La identidad resultante tendrá que reflejar estos dos aspectos que no necesariamente se podrán dar al mismo tiempo y en el mismo grado. Lo demuestra claramente E. Seda al analizar la integración de los inmigrantes puertorriqueños y sus descendientes en los Estados Unidos. Este autor constata que los puertorriqueños sufren una asimilación cultural obligada e inevitable, pero nunca llegan a lograr la asimilación social dentro de la sociedad norteamericana representada por los "Wasp", situación que comparten muchos otros grupos inmigrados a aquel país. Lo anterior tiene serias implicaciones para la conformación de su nueva identidad, ya que dejaron de ser miembros de la comunidad puertorriqueña y están viviendo en la "tierra de nadie de la pseudoetnicidad" que es la sociedad estadounidense (Seda, 1986, p. 662-670).

Otro ejemplo que ilustra claramente esta situación es el caso de los jóvenes árabes en Francia, hijos de los migrantes del Norte de África, nacidos en el país anfitrión y educados en las escuelas francesas, y por lo tanto totalmente asimilados culturalmente, quienes se enfrentan a un fuerte rechazo social, particularmente dramático para la conformación de su identidad (Dubet y Lapeyronnie, 1992).

Los ejemplos mencionados indican que la discusión sobre los cambios de la identidad étnica en situación migratoria no puede limitarse a la generación de los individuos migrantes, sino que forzosamente debe incluir a la de sus hijos e incluso nietos. El modelo elaborado por J. Hiraoka sobre espacio, tiempo y bipola-

ridad establece la relación entre la migración (entre dos espacios culturalmente distintos) y el cambio paulatino de la identidad étnica como consecuencia de la integración a la nueva cultura dominante.

Según Hiraoka, el espacio y el tiempo son dos dimensiones que influyen en la identidad. El espacio original es el que determina la identidad (lengua, relaciones dentro del grupo, etc.); tiene significado simbólico, crea vínculos y es el receptáculo para la herencia y la cultura. El cambio de espacio significa no sólo cambio de identidad, pero también su abandono como dimensión fundamental a favor del tiempo (cíclico, no lineal) que se vuelve más significativo ya que ofrece movilidad y permite "sacar ventajas" en el nuevo medio. El primer espacio es colectivo mientras que el segundo es individual; la primera identidad, producto del espacio, desaparece; la segunda es producto del tiempo. La herencia colectiva traída por los migrantes sufre cambios paulatinos hacia una cultura futura, influida por el tiempo (cambio de idioma, trabajo, alimentación e incluso religión en el caso de los migrantes orientales a Estados Unidos).

El modelo trigeneracional, elaborado por la escuela de Chicago, operacionaliza estos planteamientos: mientras los migrantes son enfrentados a las exigencias de una nueva cultura, sus hijos siguen las enseñanzas de la escuela y no las normas que les transmiten sus padres, que ya no tienen valor para ellos. En la tercera generación todos hablan el idioma nacional y todos son de tradición del país de llegada; se elimina el idioma original y la cultura por matrimonios mixtos que apresuran el proceso. El poderío de la cultura dominante consiste en la promesa de mejores ingresos, ascenso social y laboral. Sucede que en la cuarta generación surge el cuestionamiento: "¿quiénes son ellos?" y se hacen preguntas sobre el espacio global.

Obviamente hay casos que se apartan de este modelo heurístico y donde la identidad original del grupo se mantiene por más tiempo; se crea un espacio bipolar en el que los individuos llevan una vida compartimentada: siguiendo las normas de la sociedad a la que se incorporaron en el trabajo o la escuela, y las propias de su cultura en el ámbito familiar y el grupo inmediato de referencia.

Este modelo ha sido aplicado en los estudios de diferentes grupos de migrantes a Estados Unidos para medir su capacidad de integración y asimilación a la sociedad norteamericana. No así en Francia, por ejem-

plo, donde el proceso de integración de los inmigrantes ha sido en general más rápido y la asimilación cultural bien lograda en la generación de los hijos, particularmente en las familias originarias del continente europeo. Sin embargo, en el caso de los inmigrantes musulmanes, por ejemplo, debido al rechazo social que sufren, se espera que la asimilación total podrá darse sólo en la tercera generación .



La revisión de los conceptos y enfoques para abordar la problemática de la identidad étnica en situación migratoria que acabamos de reseñar de ninguna manera pretende ser exhaustiva. Hemos intentado presentar los planteamientos que nos parecen particularmente útiles para poder aplicarlos, o tenerlos como referencia, para el estudio de los migrantes indígenas a la Ciudad de México y, en particular, para el análisis de la problemática de la identidad étnica de sus hijos.

La migración campo-ciudad, fenómeno que acom-

paña el proceso de industrialización y urbanización que acentuó las desigualdades regionales, desde hace cuatro décadas ha ido desplazando a miles de miembros de comunidades étnicas de sus lugares de origen a los grandes centros urbanos. Estos migrantes indígenas, una vez establecidos en las zonas urbanas, no son objeto de ningún tipo de políticas específicas por parte de las instituciones oficiales para conservar su cultura. Mezcladas con habitantes urbanos y migrantes campesinos de distintas regiones del país, las familias indígenas pertenecientes a diferentes grupos étnicos, frecuentemente dispersas a lo largo y ancho del Valle de México, tratan de lograr la supervivencia que les fue imposible asegurar en sus comunidades de origen. Depende de su propio esfuerzo y voluntad para mantenerse unidos, organizarse y tratar de conservar y reproducir los elementos de su cultura y eventualmente transmitirlos a sus hijos. Estas familias migrantes, expuestas a tratos discriminatorios por parte de la población urbana debido a su fenotipo y el manejo frecuentemente deficiente del idioma español, enfrentan un serio reto en la educación de sus hijos que quisieran verse libres de estigmas y preparados para ser ciudadanos de primera. Esperamos que los planteamientos arriba expuestos puedan constituir una buena guía para abordar la problemática de reproducción de la identidad étnica en el medio urbano en México, país pluricultural y pluriétnico, pero donde la identidad étnica peligra al dejar la comunidad de origen, de manera similar a lo que sucede en el caso de migración a un país extranjero.

Bibliografía

- Arizpe, Lourdes, *Indígenas en la ciudad. El caso de las Marías*, SEP/SETENTAS, México, 1978.
- , *Migración, etnicidad y cambio económico: un estudio sobre migrantes campesinos a la Ciudad de México*, El Colegio de México, México, 1975.
- Barth, Fredrik, *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de la diferencia cultural*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Bonfil, Guillermo, *México profundo, una civilización negada*, SEP/CIESAS, México, 1987.
- Cardoso de Oliveira, Roberto, "Identidad étnica, identificación y manipulación", en *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, vol. XXXI, núm. 4, México, 1992, pp. 923-953.
- , *Etnicidad y estructura social*, CIESAS, Ediciones de la Casa Chata, México, 1971.
- De Vos, Georges, "L'identité ethnique et le status de minorité", en Pierre Tap, *Identités collectives et changements sociaux*, Privat, Colloque International, Toulouse, sept. 1979, p. 27-37.
- Dubet, François, *Immigration: qu'en savons nous? Un bilan des connaissances*, La Documentation Française, núm. 4887, París.
- Dubet, François y Didier Lapeyronnie, *Les quartiers d'exil*, Ed. du Seuil, París, 1992.
- Erikson, Erik H., *Identidad. Juventud y crisis*, Taurus Humanidades, Madrid, 1990.
- Giménez, Gilberto, "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", en *Versión*, UAM-Xochimilco, México, abril 1992, pp. 183-205.
- Hiraoka, Jesse, "Identity and the effects of space, time and bipolarity", ponencia presentada en el III Coloquio Paul Kirchhoff, IIA/UNAM, México, febrero 1992.
- Horowitz, Donald, L., "Ethnic Identity", en Glazer, N. and Maynihan, D. (eds.), *Ethnicity, theory and experience*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1975, p. 111-127.
- Lewis, Oscar, "Urbanización sin desorganización. Las familias tepoztecas en la Ciudad de México", en *América Indígena*, vol. XVIII, núm. 3, México, 1957.
- Malewska-Peyre, Hanna, "La socialisation en situation de changement interculturel", en *La socialisation de l'enfance a l'adolescence*, Malewska-Peyre, H. et Tap, P. (ed.), PUF, París, 1991, pp. 9-17.
- Morin, Françoise, "Identité ethnique et ethnicité. Analyse critique des travaux anglo-saxons", en Tap, Pierre, *Identités collectives et changements sociaux*, Privat, Colloque International, Toulouse, 1979, p. 55-58.
- Seda, Eduardo, "Dos modos de asimilación y sus efectos para la integración nacional", en *América Indígena*, vol. XLVI, México, 1986, pp. 659-689.
- Touraine, Alain, *El retorno del actor*, Eudeba, Buenos Aires, 1987.